

Aurora Díaz Plaja, bibliotecaria en el frente

Eslogan

El 8 de diciembre de 2003, a los 90 años, moría Aurora Díaz Plaja, colaboradora de EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA. Este es un agradecimiento público. En un momento difícil de la revista (por la muerte fulminante de Paco Bernal, su fundador; por los nueve años que llevaban los gobiernos de mayoría socialista sin meter mano a la biblioteca escolar; por la trayectoria económica tambaleante de los primeros años de la revista...) nos alegró, y hasta impulsó: “Como autora de manuales sobre organización de bibliotecas escolares, he sido invitada muchas veces a hablar con maestros sobre su realización, y siempre he descubierto a los enseñantes que leían la revista más batalladora para conseguir el eslogan: *Ni una escuela sin biblioteca escolar*”. En la soflama se advertía un tono lejano, como de Segunda República, de momentos bélicos, de recuperación del espíritu del eslogan. Así nos pareció y la revista se quedó en la trinchera de la biblioteca escolar.

Escuela del Mar

El 22 de octubre de 1993, Aurora Díaz Plaja (que en 1969 obtuvo el premio “Antoni Balmanya” por su trabajo *La biblioteca a l'escola*) participó en una reunión en Murcia, titulada *Lectura, educación y bibliotecas: ideas para crear buenos lectores*, organizada por ANABAD y CajaMurcia, y coordinada por José Antonio Gómez Hernández. Asistieron unas 400 personas. En su libre y desprejuiciada exposición, volvió a pregonar el interés instrumental de las guías de lectura, el buen clima de Murcia y su óptima ubicación para la apertura de bibliotecas en parques y jardines y, dirigiéndose directamente al público, comenzó su diálogo en los siguientes términos: “Viniendo hacia aquí he visto un lugar, lleno de motos, en el que se podría hacer una biblioteca. Yo no tengo nada contra las motos, porque me gustan mucho y encuentro que se va muy bien. Pero, ¡demonios! Allí, a lo largo de donde estaban, yo ya he visto todo, con la sala de lec-

tura infantil más graciosa que os podáis imaginar; de manera que ya tenéis incluso la biblioteca”. Siguió, contundente: “Una escuela que enseña a leer y que no tenga una biblioteca escolar para que los niños lean, es como si fuera una escuela de natación y no tuviera una piscina”. Hablaba, con dificultades, con una mente fresca, hablaba de todo y de la clasificación decimal: “He escrito artículos, he escrito cartas, y he hablado con bibliotecarios de todo el mundo a base de números de clasificación decimal, y nos entendíamos. Como hacen los curas, que cuando se encontraban y no conocían los idiomas del otro se hablaban en latín. Bueno, pues los bibliotecarios nos podemos hablar con clasificación decimal”. Y narraba lo que le había sucedido en un congreso de bibliotecas en Grecia.

Y hablaba de cosas hoy asombrosas: “Las primeras redes bibliotecarias municipales que hubo en Barcelona se crearon exactamente en los años treinta, los años de la República. Entonces hubo una ley que decía que toda escuela tenía que tener una biblioteca. Esta fue municipal, el Ayuntamiento daba a todos bibliotecas; allí surgieron muchas, pero ninguna como la de la Escuela del Mar, que incluso pasó fronteras; es decir, en Francia, en Inglaterra, en Alemania, te hablaban de la Escuela del Mar como modelo de escuela que tenía una biblioteca modélica. Y allí trabajaban mucho los niños, los niños que tenían ganas de trabajar en la biblioteca”.

En la plataforma del tren que la regresaría a Barcelona, en la estación de Murcia, quedó la imagen de Aurora: con su boina y las correas de sus dos bolsos a los lados cruzando su pecho, como una soldadera del ejército de Pancho Villa, con sus dobles cananas.

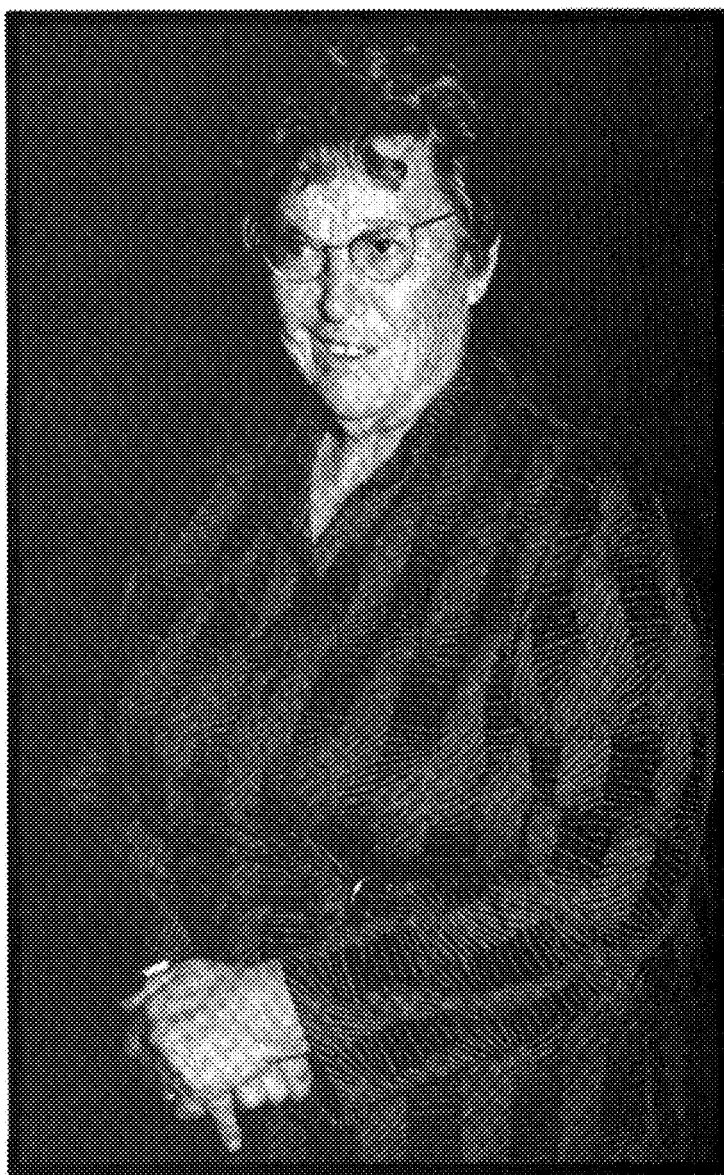
Bibliotecaria del frente

Durante la guerra el Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya creó el Servei de Biblioteques del Front, bajo la dirección técnica de Jordi

Rubió. Creó dos subcentrales para atender a los distintos frentes. De las tareas de selección, adquisición y tareas técnicas se encargaron personas procedentes de la Escola de Bibliotecaries. En junio de 1938, dentro del Servei de Biblioteques del Front se creó una Secció d'Hospitals, de la que Aurora Díaz Plaja fue bibliotecaria auxiliar. La dificultad de transporte va a ser la debilidad del Servei.

Maria Cugueró, Maria Teresa Boada y Viçens Allué publicaron en 1995 un libro excelente: *El Servei de Biblioteques del Front* (Barcelona: Diputació). De él extraemos y traducimos un párrafo de la memoria del recorrido realizado entre el 20 y 22 de julio de 1938, y redactado por la joven Aurora:

“Nos dirigimos al campamento número 1 de la División 26. Está instalado en un antiguo exconvento, al lado de la carretera. Un poco elevado, ante la entrada tiene una bella plaza. Allí detenemos el bus. El comisario señor Casteràs es una persona rosada, de voz fina, aspecto delicado, muy ceremonioso, que, sin embargo, transmite una sensación de voluntad y energía. Está encantado con nuestro Servei y se lamenta que no hubiésemos ido unos días antes para las fiestas. Le decimos que nuestro servicio no es accidental sino permanente, y que los libros no los donamos, los dejamos. Le preguntamos si tiene inconveniente que hagamos el préstamo directo, y le gusta. Ordena que venga la primera compañía, la cual, formada, luce muy hermosa. Les dirige cuatro palabras, con frases hechas, pero con seguridad y comienza el préstamo. Hemos abierto, claro está, las estanterías del bus. Antonia [Alberti] está abajo, ante las estanterías exteriores; Enriqueta [Casas] está en el *bureau*, yo adentro. Con mucho orden comienzan a desfilar los soldados. Todos hombres mayores. La mayoría eligen rápido, algunos piden dónde está tal materia, ninguno me solicita que le busque el libro. Las obras técnicas son las preferidas; en primer lugar geografía e historia, después matemáticas y gramática. Escribimos el nombre del lector en las tarjetas de préstamo, la que queda en el libro y la que nos quedamos nosotras. Muchos soldados se preocupan de a quien han de devolver los libros. Les decimos que a nosotras cuando volvamos, o a la Base de Distribución. Es la primera vez que hago este servicio y estoy entusiasmada del orden y del ambiente. No me hubiera imaginado encontrar tanto interés. En conjunto queda una cosa dignísima. Nos solicitan algunos libros que no disponemos, *Utopía*, *Las ruinas de Palmira*, un tratado de música, etcétera. Tomamos nota. Un soldado encuentra muy satisfecho un libro de unas ediciones populares de zootecnia que después de haberlos comprado temimos que no interesarán. Con cinco minutos de antelación, el comisario avisa que se acaba el tiempo de préstamo de libros



para la primera compañía. Vienen la segunda y la tercera compañía, una tras otra. Hemos estado unas tres horas. Ahora sí que hace muchísima calor; pero hasta ahora no nos dábamos cuenta. Este servicio directo nos encanta. Quizás algún lector ha elegido mal. Nos hemos guardado mucho de advertírselo. Nosotros ofrecemos una biblioteca ambulante, no vamos a catequizar. Dice nuestra compañera María Felipa [Español] que si un lector elige mal la primera vez, a la segunda procurará elegir mejor”.

Donde ponía el ojo

Seguro que Aurora Díaz Plaja perdió una guerra y perdió la batalla por las bibliotecas escolares. Pero, hasta sus últimos tiempos, donde ponía el ojo ponía una biblioteca al aire libre. ☑

Agradecemos a Javier Fierro de la FGSR el préstamo de la fotografía que aparece en este artículo.

Ramón Salaberria